

Thomas Gage, *El inglés americano: sus trabajos por mar y tierra o un nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, traducción de Stella Mas-trángelo, introducción y notas de Eugenio Martín Torres, México, Fideicomiso Teixidor/ Libros del Umbral, 2002, 322 + 3 p. (Colección el Tule, 4)

Las ricas señoras chiapanecas acostumbraban tomar una taza de chocolate durante la misa mayor en catedral y para ello ordenaban que sus doncellas les llevaran, desde sus casas, la bebida caliente acompañada de pastelillos. El obispo prohibió la costumbre por considerarla inadmisibles, no sólo por la falta de respeto hacia el acto sagrado sino también por la distracción que implicaba la llegada de las criadas, la colocación de las mesillas y el servir la bebida y la colación. Sin embargo, la prohibición no surtió ningún efecto y ante la desobediencia de las señoras, el obispo lanzó una excomunión contra todo el que osara comer y beber durante los servicios religiosos. La medida causó gran revuelo, las afectadas trataron de convencer al prelado de lo injusto de su medida solicitando para ello la intercesión de los dominicos, pero nada lograron; entonces decidieron no acudir más a misa a la catedral ni aportar limosnas para su mantenimiento y en cambio beneficiaron a los conventos, en cuyas iglesias no existían tales prohibiciones. Ante la situación, el obispo extendió su excomunión y ordenó a toda la ciudad que acudiera a misa a la catedral, pero las mujeres no quisieron obedecerlo y se quedaron en sus casas un mes entero. Poco después el obispo cayó enfermo y pidió a los dominicos que lo recibieran en su enfermería, donde murió a los pocos días. Los médicos aseguraron que la causa de la muerte había sido un veneno y muchos sospecharon de una noble señora que tenía mucha familiaridad con uno de los pajes del prelado; éste, según los rumores, administró al prelado el veneno disuelto en una taza de chocolate.

Esta es una de las mil narraciones fabulosas que nos ha dejado la brillante pluma de Thomas Gage, el fraile dominico inglés que viajó por América septentrional y que al final de su vida abjuró de la fe católica y se volvió ministro protestante. Al leer el relato de sus viajes lo primero que nos llama la atención es la agilidad de la narración, los trazos rápidos y directos con los que nos introduce en el tema, tan distantes de la retórica barroca de su tiempo, llena de alusiones bíblicas y patrísticas y de digresiones eruditas, pero

sin duda la agilidad narrativa tiene también el efecto deseado gracias a la riqueza y variedad de los contenidos y a que la propia vida del escritor está llena de rasgos de tal dramatismo y riqueza, que toda ella parece una novela. Hijo de una familia católica en la protestante Inglaterra, el joven Thomas salió de su patria y ante su negativa de ingresar a la Compañía de Jesús (por lo que fue desheredado) pasó al colegio de Saint Omer, en el Flandes francófono, y dos años después a España, donde ingresó en la orden de predicadores con el nombre de fray Tomás de Santa María. Su estancia en el convento de Jerez lo puso en contacto con fray Antonio Meléndez quien lo reclutó para pasar a Filipinas en 1625; en el camino, él y sus compañeros fueron atacados por unos indios en la isla de Guadalupe, donde murieron varios sacerdotes jesuitas; cuando llegó a México, ante la poco atractiva situación moral con que los novohispanos le pintaron el Oriente, decidió quedarse en las Indias occidentales y fugarse hacia el sureste del país. Sus planes se vieron favorecidos por la necesidad que tenía el partido peninsular dominico de la provincia de Chiapas de engrosar sus filas frente a los criollos; pasó después a Guatemala, donde se ocupó de enseñar a los jóvenes frailes a aprender la lengua indígena más extendida (de la cual escribió incluso una gramática) y a predicar en ella entre los nativos. Pero las idolatrías de éstos y el poco aprecio que tenía por la jerarquía católica lo llevaron a regresar a Inglaterra en 1637. Cinco años más se mantuvo bajo la obediencia de Roma; en ese tiempo viajó por Italia y Francia, hasta que en 1642 abjuró del catolicismo, se casó y se convirtió en ministro de su nueva fe; en 1648, cuando triunfó la causa puritana, salió la primera edición de su *The English American*; desde entonces Gage participó en la persecución contra los católicos, entre quienes estaban varios de sus parientes y amigos, quienes por su denuncia fueron ajusticiados. En 1654 formaba parte, como capellán, del ejército de ocupación de la isla de Jamaica, donde murió año y medio después.

Durante su estancia en Jamaica salía en Inglaterra la segunda edición de su libro, una obra a medio camino entre la autobiografía y la narración de viajes; este último género, muy extendido en su tiempo y muy bien aceptado por los amantes de lo exótico, unido al sentido de aventura que poseía la obra, hicieron del libro de Gage un *bestseller* del siglo XVII. Entre esta centuria y la siguiente la obra tuvo al menos nueve ediciones en inglés y fue traducida al alemán,

al francés y al holandés, lenguas en las que llegó a tener también varias impresiones. En español no se conoció sino hasta el siglo XIX y en el XX ha sido traducida, aunque en versiones incompletas. La que hoy reseñamos, basada en la segunda edición inglesa de 1655, es la primera que se hace completa en español. Entre sus varias cualidades están una impecable traducción de Stella Mastrángelo, la interesante introducción y las atinadas notas de Eugenio Martín Torres, una cronología que explica mucho de la vida y de la obra del autor y un completo índice analítico que facilita la consulta.

A través de las páginas de este texto histórico literario circulan los más variados temas: la vida cotidiana de una sociedad multiracial, aspectos de la actividad conventual, las pugnas entre criollos y peninsulares insertas en los conflictos de alternativa, las prácticas religiosas indígenas que testimonian su parcial aculturación, pinturas de vestidos, joyas y demás atavíos, usos cortesanos, juegos y diversiones, reseñas de productos alimenticios, comidas y bebidas que nos remiten a los conocimientos científicos y médicos de la época, descripciones de edificios, iglesias y palacios. Muchos consideran esta fuente como tendenciosa, con una visión deformada o exagerada, prejuiciada por las actitudes puritanas y antihispanas, por lo que sus afirmaciones contra la Iglesia católica o la monarquía española deben ser tomadas con reservas, pero sin duda esto no es razón para descalificarla, pues no sólo nos da la perspectiva de cómo veía la Europa protestante al mundo católico, sino además aporta datos que a menudo son confirmados por otras informaciones, como nos lo dejan ver las referencias a documentos de los archivos dominicos y las noticias de algunas crónicas, datos aportados por Eugenio Martín en sus notas.

La obra es el testimonio de un ojo extraño que nos deja ver lo que aquellos que estaban acostumbrados a su realidad cotidiana no consideraron necesario registrar. Es también la elaboración tardía de unos recuerdos, cuya minuciosa relación nos hacen pensar en un diario o en unos apuntes que se fueron tomando en el momento de lo acontecido pues muchos de sus relatos poseen la frescura de lo reciente. Nos hace pensar en esa misma referencia a un cuaderno de notas, la gran cantidad de datos precisos que el libro contiene, sobre todo en sus alusiones a la historia natural, de las que Eugenio Martín da continuas noticias a partir de los *Quatro libros de la naturaleza de las plantas y animales que están recibidos en el uso de la medici-*

na de la Nueva España, obra de fray Francisco Ximénez, enfermero del convento de Santo Domingo, impreso en la ciudad de México en 1615.

Además de este carácter erudito, el libro de Gage es un texto donde continuamente se pueden observar los aires del erasmismo con descripciones sobre el clero dignas del *Elogio de la locura*; basta con leer el retrato que el viajero nos ha dejado del vanidoso guardián franciscano de Xalapa, vestido con calzas de colores y fino calzado, que cuando jugaba a los naipes no tocaba las monedas con las manos sino con las mangas de su hábito; o aquel del mundano prior dominico del convento de Veracruz:

Después de comer nos llevó a algunos de nosotros a su cámara, donde observamos su ligereza y escasa inclinación a la religión y la mortificación. Creíamos encontrar en su cámara una majestuosa biblioteca que nos hablara de amor al estudio y al saber, pero no vimos arriba de una docena de libros viejos, ubicados en un rincón y cubiertos de polvo y telarañas... y la guitarra preferida y valorada por encima de ellos. La cámara estaba ricamente adornada con muchos cuadros y con colgaduras... cubrían las mesas carpetas de seda y los aparadores estaban adornados con varios tipos de vasos y cuencos de China llenos de confituras y golosinas diversas. Demasiado vanidosa y mundana pareció a los frailes de nuestra misión esta vista (p. 87).

Intercaladas en medio de estos retratos llenos de vida se encuentran también fascinantes narraciones de aventuras, como la del ataque de los indios flecheros en la isla de Guadalupe, escena que parece sacada de la épica que dejó constancia de las primeras hazañas de los descubridores y conquistadores del siglo XVI. ¿Y qué decir de las muy interesantes referencias sobre las prácticas cristianas de los indígenas?: “Por esta razón, como llegué a entender por algunos de ellos, ceden... a la adoración de las imágenes de los santos, porque los ven muy semejantes a los ídolos de sus antepasados, y segundo porque viendo a algunos de ellos pintados con animales... se confirman aún más en su engaño y de veras creen que esos santos eran de la misma opinión que ellos, y que esos animales eran sus espíritus familiares, y que también ellos se convertían en esas formas cuando vivían, y cuando murieron su animal murió también”. (p. 353 y ss.); o esta otra sobre la danza: “el que representaba a Herodes o a Herodías y algunos de los soldados que en la danza debían hablar y acusar a los santos, venían después a confesar ese pe-

cado y querían ser absueltos como de una culpa sangrienta”. (p. 367)

Por último debemos considerar que la obra de Thomas Gage está inmersa en la polémica sobre América y en el contexto de la leyenda negra sobre España, leyenda que fomentaron sus países enemigos, entre ellos Inglaterra; apenas unos años atrás, en 1599, los hijos del impresor protestante Théodore De Bry habían publicado una traducción de la *Brevísima Relación* de fray Bartolomé de las Casas ilustrada con violentas y aterradoras escenas de la conquista de México. Cuando escribió este texto, Gage fue hilvanando sus recuerdos de los doce años vividos en América dentro de una idea rectora que veía al nuevo mundo regido por Inglaterra, por un país inmerso en la revolución reformista de Oliver Cromwell que quitaría el dominio de América a los españoles e implantaría en ella la recta religión puritana. En el libro se pueden observar como telón de fondo el contraste existente entre un protestantismo caracterizado por su animadversión a los cultos externos y por su moral rígida e individualista y el catolicismo marcado por su ritualismo colectivo y por su moral laxa. En su introducción, Eugenio Martín remarca ese mismo carácter contradictorio en la personalidad del autor, quien, aún después de su conversión, mostraba al ministro protestante, antijesuita y antihispanista junto con el dominico tomista y lascasiano. Esa misma actitud aparentemente contradictoria se puede observar en sus constantes juicios morales que contrastan con las sensuales descripciones que el autor hace de los cuerpos y vestuarios de las mulatas. Con una frase se puede ejemplificar esta fascinación por la alegría de vivir y por la búsqueda del placer que en las Indias se podía observar en todo momento, constreñida, sin embargo, por la necesidad de moralizar y de remarcar lo que era recto dentro de la ética protestante: “No faltan en aquella ciudad las delicias, ni en el mundo ni en las iglesias, que deberían ser la casa de Dios y deleite de las almas y no de los sentidos”. Gage había caído en las redes de la sensualidad que la fértil América le había tendido y, a pesar de su puritanismo, no pudo nunca desprenderse de la fascinación que ejerció en él su experiencia americana.

Antonio RUBIAL GARCÍA
Facultad de Filosofía y Letras. UNAM